

LA CONJURA ACCIDENTAL

No veo en qué medida un lamento sobre las miserias de la crítica literaria podría dejar de lado la penuria moral de nuestro optimismo cultural. Y no sé qué podría decirse de los críticos literarios que al mismo tiempo no sirviera de acusación contra los agentes culturales que fomentan la satisfacción social. Pero la responsabilidad que la crítica ha reclamado, y ostentado a veces con una grandilocuencia que no podía dejarnos indiferentes, es un gesto de tal autoridad y segura confianza que no podemos esperar menos de lo que han prometido. ¿No sugiere acaso la pose del crítico una actitud que recuerda al guía que orienta a los confundidos, restaura a los ofendidos y criba la paja? Si fueran lícitas las reclamaciones inspiradas en nuestro malestar no encontraríamos una figura que pudiera hacerse cargo con mayor solvencia

del reproche que nuestra maltratada ingenuidad quiere dedicarle.

Dar a la crítica literaria la representación simbólica de los males de nuestro tiempo es una imputación que no debe ir más allá de lo que hacen admisible nuestras convenciones retóricas; pero si por efecto de una más profunda reflexión cancelásemos la ecuanimidad que a veces se desea conceder al juicio cuando aborda complejas situaciones espirituales, veríamos hasta qué punto será irresponsable por nuestra parte eximir a la crítica. No sólo por la inclinación natural con que ésta tiende a dar explicaciones sobre la razón de ser de su oficio, sino por el alto magisterio de las obras literarias que los críticos tienen en sus manos.

Nos preocupa tanto que sean tan pocos los que parecen estar en condiciones de custodiar la integridad, la belleza, la sensibilidad, la elegancia, la compostura, el buen gusto y, en definitiva, aquellas virtudes que por generosa que sea nuestra esperanza sólo podemos encontrar dignamente encarnadas en alguna de las obras que los maestros fundadores han escrito...

Es injusta y a veces algo ruidosa la tendencia a reprochar a la crítica literaria los excesos que en su nombre se cometen, como si detrás de cada anémica sacudida pudiéramos sospechar la existencia de un colegio profesional dando palmadas en la espalda de sus miembros. Por eso conviene que la crítica de la crítica confiese, no sin cierta turbación, la protocolaria arbitrariedad y la ironía con que maltrata a sus víctimas. El crítico como bestia negra de nuestros padecimientos culturales será por el momento una convención crítica a la que no debemos dar más valor que a una piñata en una verbena popular.

Un crítico que a falta de las cualidades que esperamos ver cumplidas se refugie en la presunción y contribuya con sus juicios a consolidar los productos de la industria cultural y haga más prometedor la carrera de éxitos populares que ésta necesita, es un miembro activo de una conjura accidental. Podría creerse que odia la literatura y que en la reservada intimidad de su gabinete clava agujas en el retrato de los grandes autores. Que desea ver cancelada la tradición de las obras maestras y que abrumado por la responsabilidad que su lectura inspira, propicia la difusión de relatos

que no compliquen la vida a los lectores y hagan más feliz su entretenimiento. Incluso podríamos sospechar que esta confusión de valores narrativos, consumada mediante la técnica de omitir comparaciones que, como todo el mundo sabe, son odiosas, ha sido el resultado de una venganza largo tiempo incubada.

De ahí, precisamente, que las acusaciones contra los críticos literarios deban ser en muchas ocasiones enérgicas, convencionalmente agrias y elegantemente virulentas, y ninguna contemplación compasiva debe absolverlos de escuchar los reproches que en nombre del buen gusto les dirigimos. Pero no debe perderse de vista que su laboriosa dedicación y sus horas de cansina lectura sobre obras desdénables —el sacrificio personal que les permite alcanzar tanta notoriedad como espacio impreso ocupa su firma— pertenecen a una conjura accidental en la que mandan fuerzas que no hemos sabido dominar: la pereza enmascarada, la indulgencia interesada y esa inevitable amistad que preside muchos de los habituales intercambios literarios.

Pues ¿dónde está la ecuanimidad sin la que todo juicio sólo es una imitación bíblica? ¿Acaso podemos olvidar lo que en la crítica hay de demasiado humano? Contemplemos las fuerzas naturales que no podemos dominar ni poner al servicio de nuestra soberanía intelectual. Veamos cómo se inmiscuyen en la administración doméstica de la crítica literaria.

Primer rasgo demasiado humano de la crítica literaria: incluso antes de ser asaltado por las mercaderías igníferas, el tiempo ya era un precioso don escaso que se escurría ante nuestros ojos. Leer libros que no compensan la consecuente pérdida de tiempo genera una frustración que se traduce en embestidas y furias. Cuando no son debidamente reprimidas por la red de conveniencias dominante, la venganza puede ser devastadora.

Segundo rasgo demasiado humano de la crítica: el miedo a ser juzgado atenaza al crítico y el dictum evangélico —'no juzgues y no serás juzgado'— es demasiado explícito para soportar su amenaza sin flaquear. Como todo el mundo sabe, un ataque es la mejor defensa. ¿Convendrá dejar pasar de largo la deliciosa oportunidad de atacar a su debido tiempo?

Incluso en el mejor de los casos, vemos en el crítico literario la testa del cancerbero que satisface, limita o extingue nuestro deseo de ser ante el mayor número posible de lectores. Obviamente, existen juicios comprometidos con los grandes valores estéticos que estructuran la cultura y severos dictados que enmiendan el egoísmo corporativo, pero lo más frecuente es discutir con gente que tiene algo que perder.

Tanto es así que llegará a importarnos muy poco que la audiencia de los suplementos no resulte ser tan espectacular y que el efecto de sus críticos sea menor que el presumido porque el poder que emana de su fetiche es el mayor dominio al que se puede aspirar. La fascinación por la notoriedad que prestan los grandes medios de comunicación, por fútil y breve que sea este sucedáneo de la inmortalidad, es la más inmediata concesión que puede hacerse a una obra literaria, porque globaliza su presencia y hace indudable, por unos instantes, su existencia.

Siempre que plantamos nuestra exigencia crítica ante los críticos estamos lamentando que los suplementos literarios de los periódicos de gran difusión no sean gestionados según criterios que merezcan nuestro beneplácito. De hecho, gran parte de los que hablamos de estos temas estamos en disposición de sustituir a cualquiera de los críticos cuya labor deploramos y no nos asusta admitir que tenemos a mano fórmulas que renovarían el lamentable aspecto que tiene el trabajo de nuestros rivales. Esto es debido a la imposibilidad de encontrar críticos literarios que al mismo tiempo —o antes o después— no hayan sido también editores, autores, traductores, periodistas o académicos. De esta promiscua complacencia de cada uno consigo mismo, inspirada en la vanidad y en la añoranza, procede la confusión que rige los debates sobre la naturaleza de la crítica literaria: los polemistas que erigimos soberbias advertencias nunca nos damos por aludidos cuando la oímos en boca de otros ni nada nos importará haber tenido razón en otro tiempo. Salvo las tercas excepciones de rigor, los hombres de letras estamos de paso en esta controversia y como malabaristas expertos ningún secreto del oficio nos resulta ajeno.

El entusiasmo con que ha sido celebrado el encuentro entre la crítica literaria y el periodismo cultural ha difuminado la frontera entre los dos géneros y ha hecho irreconocibles las responsabilidades de cada uno con tal audacia que constituye uno de los rasgos esenciales de esa conjura de la que estamos hablando. El periodista cita en sus crónicas los juicios benéficos del crítico y éste elabora en sus textos el eco que aquél procura. Los une la simpatía inocente de los cómplices accidentales y la satisfacción de estar creando valores de uso social en cuya marca patente han colaborado de un modo decisivo. No hará falta recordar cuál de los dos ha impuesto su brío y qué argot domina las relaciones íntimas de un matrimonio cuya conveniencia nos permitimos la licencia de cuestionar. ¿Cómo trata a la literatura la emblemática concisión de los titulares? ¿Acaso es posible decir algo que no sirva luego de motivo al arrepentimiento? ¿Puede soportar la literatura la urgencia de una moda que trata a sus lectores como condenados a muerte exentos no sólo del tiempo que perderán de un solo golpe sino de la capacidad de dar al poco tiempo que les queda una utilidad digna de tal nombre? Impersonal, vacío y recurrente, este lenguaje nos permite comprender lo que el periodismo ha robado a la literatura: básicamente, el tiempo. Sustracción inapelable de efectos tan imprevisibles como perversos, el periodismo ha invadido hábitos que costó mucho cultivar y apresurándolos ha estropeado ese acto cognitivo que daba a la lectura su don metafísico.

Lo periodístico ha envidiado tanto el carisma literario, anhelado el prestigio de los autores, reverenciado su figura con tanta admiración, que no pudo evitar inmiscuirse en las estancias privadas del palacete literario. Primero, visitándolo con la respetuosa compostura de un invitado; luego, familiarizándose con su vida doméstica y, finalmente, presentándose como el benefactor que rescataría al genio de la indigencia: te haré popular y tu obra obtendrá en vida el reconocimiento que te reservaba la posteridad. Lámpara maravillosa —apagada, pero maravillosa— cuya luz imaginaria deslumbró a los autores aquejados de impaciencia vital.

Que los libros se hayan convertido en artículos de consumo y el deseo del éxito popular no avergüence a los auto-

res cultos permite que esta alianza sea aceptada como el anticipo doliente de la esperada ilustración universal. Reprimiendo cualquier exabrupto crítico hacia las cuestiones más incómodas del analfabetismo contemporáneo, las redes profesionales que intervienen en la cadena de producción del libro celebran que la crítica literaria se desentienda de las exigencias elitistas y que los periodistas culturales utilicen la autoridad de los críticos para redactar en titulares lo que en letra pequeña nadie lee.

La influencia determinante y la que distorsiona de modo más nefasto la personalidad de los dos géneros (crítica literaria y periodismo cultural) es la elaborada sofisticación alcanzada por el lenguaje publicitario que hoy se ha enseñoreado de la comunicación. No hay gesto que caiga fuera de su magisterio ni sintaxis que se libre de sus compresiones. No hay opinión que bajo su tutela se pronuncie sin cazar al receptor ni inversión de espacio o esfuerzo que ignore sus beneficios tangibles. No hay, en definitiva, acto gramatical gratuito, pues en el ámbito justiciero de la publicidad toda acción merece de antemano su recompensa.

Esta lógica perturba silenciosamente la tradición literaria y altera la idea que escritores, críticos y periodistas tenemos de nuestras obligaciones: el estropicio forma parte de los paisajes familiares que hemos aprendido a tolerar.

La subordinación que lo publicitario impone a disciplinas de conocimiento como la psicología y la economía ha deslumbrado a los viejos publicistas y les ha proporcionado una inesperada oportunidad de renovación. Su discurso adopta el rasgo de estilo que caracteriza a los spots: la impunidad. Junto a la pereza, la indulgencia y la amistad, éste es otra de las poluciones que afean el ejercicio de lo que nos empeñamos en llamar crítica literaria. Pues ¿caso responde el crítico por sus excesos? ¿Hará puntual la retribución por el daño que causó su precipitada opinión? ¿Pedirá perdón cuando su error de juicio nos cubra de vergüenza?

Cada época tiene el derecho de hablar como si ninguna otra le hubiera precedido sufriendo estorbos, y al quejarse fuera la primera en hacerlo. Aunque ilustres creadores lamentaron en su tiempo la penuria de una crítica sobornada por las promesas más infames de la presunción, hoy podemos dar a nuestra juiciosa sentencia el carácter que

otros imaginaron: nunca ha sido tan necesaria una crítica literaria dispuesta a proteger los valores de la alta cultura. Quizás fueran bochornosas las novelitas celebradas por señoritos ociosos y ridícula la emoción que inspiraba la desventura de sus heroínas. Pero la ignorancia popular que concertaban los críticos parroquianos, anhelando la simpatía que la unanimidad suscita, no era jaleada entonces por una tecnología tan diestra en la creación y destrucción de realidades virtuales. Siempre, es cierto, se tuvo a mano y bien dispuesto el consejo autorizado que a veces con inocencia daba a ciertas obras el valor literario que no les correspondía. Pero la avasalladora insistencia con que el mercado aprendió a vender sus mercancías y el inesperado valor que los expertos han descubierto en aquello que para nosotros sólo es un libro, ha hecho insostenible la resistencia literaria que nos hizo tan presumidos.

Algunos transigen por agotamiento y los que dan por aceptables las condiciones generales de esta transacción universal se limitan a canjear parte de su talento. El enredo con que uno llega a complicarse la vida hace imperceptible el estruendo de las falsificaciones literarias y su presencia ha llegado a ser tan dominante que pocos sabrían oponerse a ella sin temer estar perdiendo la oportunidad de callar.

No sólo es más necesaria que nunca la crítica literaria exenta de viciosas servidumbres, sino que al dotarla de una aristocrática convicción sería más aceptable la acusación de elitismo que los prensa-populistas le dirigen de todos modos.

El efecto espiritual que la contemplación de la belleza y la adquisición de la inteligencia producen pertenece a los grandiosos episodios de una historia que a zancadas, y no siempre en la misma dirección, nos lleva hacia lo mejor de nosotros mismos. Dar a la obra literaria esta misión no nos obliga a despreciar los productos elaborados por la industria editorial del entretenimiento pero, francamente, es incómodo tolerarlos sin que un profundo encogimiento haga sonrojar nuestra medida de las cosas. No nos molestó en otro tiempo que tras la delgada línea de lo excelente otros mundos fueran posibles, y por bellacas que fueran las letras nos satisfacía ver a un analfabeto balbucear con ellas sus primeras emociones literarias. Nada podía complacernos

más que esperar y dar a la paciencia el significado que la Ilustración Universal había descubierto. Pero no son maestros republicanos los que hoy inspiran el respeto reverencial hacia la cultura del libro. Los promotores del producto editorial retiran del escaparate las sobras no vendidas que trituran para hacer pasta de papel. Es su elocuencia técnica publicitaria la que mejor fomenta las viciosas obediencias de la ignorancia literaria.

¿Qué credencial podría dar a nuestro malestar el derecho de bramar sólo ante los críticos? La red de complicidades sutiles y groseras que hacen factible la manipulación del capital simbólico acumulado en la bolsa literaria es una profusa celebración de buenas intenciones en las que cada uno sólo quiere lo mejor para sí mismo. La impunidad del crítico literario que tanto nos sorprende ver triunfar proviene del estico disimulo con que muchos autores esperan su favor.

Pero esta red, tan conocida por otro lado, no hace menos escandaloso el certificado de autenticidad que los críticos expiden, conformando su deber a compromisos que un malhumorado lector ni siquiera consideraría dignos de obtener el tiempo que se les dedica. Al hacer al crítico literario responsable mayúsculo de los males que nos aquejan damos a nuestra insatisfacción un objeto visible y, previsiblemente, una compensación a nuestro esfuerzo. Por dúctil que parezca la posición que ocupa y difusa la sombra de su huidiza actitud, la crítica al crítico hará posible que la magnitud del malestar cultural no nos aplaste.

¿Cómo podemos neutralizar el accidental encuentro entre lo demasiado humano y las perversas maquinaciones de un mercado que sabe hacer exhaustiva la explotación de lo que le conviene?

Como no vamos a confiar en los buenos propósitos que caracterizan a la condición humana ni a suponer que sólo por pedirlo cese la comisión de los elogios que molestan el devenir literario, se nos ocurre que una sencilla carta de principios operativos daría a la edición de los suplementos literarios (publicados en periódicos de gran circulación) una guía de fácil cumplimiento. Su aplicación no derribará a los ídolos que tiranizan los hábitos de los lectores probables, ni extirpará los vicios de la crítica literaria que no nos gusta, pero al poner en práctica estas sencillas simulaciones

éticas se podrá, previsiblemente, restaurar la credibilidad del gran juego literario.

Los cinco principios se formulan para regular la edición de los suplementos literarios y dar al editor un método sencillo que permita ceñir los límites, contener los impulsos, estimular a los dóciles y contener a los nerviosos.

Principio de equivalencia. El editor del suplemento literario respetará este principio cuando busque para una obra al crítico que deba evaluarla. Se llama equivalente el principio que regula la correspondencia entre la calidad del autor, y la calidad del crítico que lo inspecciona. Garantiza que su conocimiento y sus respectivas posiciones en la república de las letras sean comparables.

Principio de intensidad. La obra que ha sido escrita no debe en ningún caso ser liquidada con una gacetilla redactada en un par de horas. Parecerá imposible buscar una equilibrada proporción entre ambos gestos de escritura, pero su ausencia delata el alcance de la afrenta. El editor del suplemento hará justa la relación entre las dos intensidades intelectuales: autor y crítico deben poner en juego lo mismo, el alcance de su obra y la credibilidad de su nombre.

Principio de distancia. Aunque las relaciones incestuosas sean inevitables en un medio tan predispuesto a la promiscuidad —ya sea por admiración, subordinación o concubinato—, el editor del suplemento literario procurará que las vinculaciones entre sus críticos y los autores de los libros criticados no sean escandalosamente evidentes y, en lo posible, sean disueltas por un espíritu de servicio sin afección de persona.

Principio de transparencia. Cuando el derecho adquirido por los críticos laboriosos sea superior a la posición que eventualmente ocupan en la industria editorial (prestigio que hará innecesarias las prevenciones de esta simulación ética), el editor dará al lector del suplemento aquellos datos que aclaren quién pertenece a qué: en qué editorial trabaja el crítico, para qué editor elabora informes, o qué vínculos tiene con el prologuista o la institución que becó al autor, por ejemplo.

Principio de transferencia. El crítico será invitado por el editor del suplemento a escribir lo que crea conveniente siempre que respete una pulcra transferencia de criterios.

El estilo y el tono con que aprecia las obras que llegan a sus manos debe transmigrar de una a otra crítica, de tal modo que la amable transigencia no sea en otro artículo una arisca severidad, ni se haga por desidia tolerable lo que luego es causa de un amargo reproche.

Si el editor responsable del suplemento se viera capaz de mantener una conversación fluida con el crítico literario, su monólogo no concluirá con la lectura de estos cinco principios de simulación ética y hará más formal su insistencia recordando lo que Kierkegaard atribuyó a Sócrates: 'esa segura penetración visual capaz de contemplar instantáneamente la idea en el más opaco de los objetos'.

Para no deprimir más de lo necesario la convicción del crítico que llevamos dentro y restaurar la imagen que preside su apremiante labor de intermediación cultural, hay que elaborar de nuevo las viejas sugerencias: regresar cuando haga falta a las fuentes originales de la literatura; hacer atenta la indagación de lo que surge sin previo aviso; vislumbrar el talento sea cual sea su aspecto; conocer: no opinar, actualizar la cartografía de los acontecimientos literarios; adoptar juicios sin demora; aceptar la responsabilidad de dictar criterios de validez *universal*; clasificar sin ningún reparo las obras que lleguen a sus manos, dar a los productos editoriales el lugar que les corresponde.

Basilio Baltasar